

Reseña histórica de la poesía árabe en los tiempos del Califato de Córdoba

Cuenta la Historia, que preguntado cierto hombre del Jorasán acerca de su juicio sobre los poetas de la Andalucía musulmana, contestó con este verso de Monatabí:

Maravillado quedo, en torno de sus moradas, al
ver surgir en ellas soles, sin que haya en ellas Oriente.

Y en verdad que soles brillantísimos deslumbraron, desde la Corte cordobesa, al mundo literario, en el glorioso período del Califato Omeya.

No hemos de entrar en este trabajo—dada la concisión que el mismo exige—en un estudio crítico analítico de la poesía árabe-española, ni del reflejo que en la misma tenían las composiciones ante-islámicas, que sirvieron de modelos a los más aplaudidos vates. Sólo hemos de procurar reseñar, históricamente—con los mayores posibles detalles—este reinado de la poesía árabe, que inundó con sus destellos a las entonces más civilizadas naciones.

* * *

Española, y más que española, andaluza, podemos llamar a la poesía árabe que comenzó en la península con los primeros versos del primer Abd-el-Rahman, y tuvo un final glorioso en la época de Motamid, el ilustrado monarca sevillano.

La poesía ante-islámica—como afirma muy sabiamente don Juan Valera—era bárbara y ruda por los sentimientos; refinada, culterana y hasta pedantesca por el estilo, y falta de todo ideal; y con la fundación en España de un poder independiente—dice Schach—«eleva el tono la poesía andaluza, cuya voz sólo había resonado hasta entonces languidamente, entre el tumulto de las armas».

Y es que la imaginación fogosa y avasalladora del árabe encontró su marco adecuado, su más alto motivo de inspiración en esta tierra encantadora y encantada. Antes, el beduino solamente cantaba a la guerra, a la tienda y al camello; después, el árabe español, poeta entre los poetas, dejaba oír las melodías de sus hermosas composiciones, lo mismo en los dorados salones de los califas

cordobeses, que en las frondosas huertas regadas por el Guadalquivir. La poesía era el pan predilecto de los andaluces, y hecha *endecha* se inclinaba reverenciosa ante los piés de una dama, como hecha *cantar* salía briosa y soñadora de lo más íntimo del corazón del pueblo.

Para dar una idea de lo que fué la poesía entre los árabes españoles, afirma un ilustre escritor, que, «el mero catálogo de sus poetas llenaría tomos en folio». Ibn-Ferradsch escribió una antología poética, llamada «Los Jardines», de doscientos capítulos, y en cada capítulo había cien dísticos, todos exclusivamente de poetas andaluces (1); antología que fué completada con otras muchas colecciones, principalmente las de Ibn-Bassam y Ibn-Chakan. Lo mismo escribían versos inspirados los monarcas que los campesinos. Como prueba de ello, la mayoría de los califas (incluyendo entre ellos a los emires independienses), poseyeron el don poético, y en algunas comarcas andaluzas, como la de Silves —cerca de Sevilla—, patria de los más grandes poetas de la época, apenas había campesino que no poseyese el don de improvisar, y hasta el gañán que iba con el arado—afirma Al-Cazwini—hacía versos sobre cualquier asunto.

Schach, en su bien escrito libro sobre «Poesía y Arte de los árabes en España», traducido por Valera, trata magistralmente de la poesía árabe-andaluza. Desde el primer instante—dice—en que hubo en España una corte mahometana, el arte de la poesía arábica se encontró allí como en su patria. En el palacio de Abd-el-Rahman, el primer Onmiada, se celebraban reuniones a las que asistía el príncipe heredero y donde se entretenían los convidados recitando versos, refiriendo leyendas o sucesos históricos y haciendo panegíricos de hombres distinguidos y de grandes acciones.

Y este despertar poético que comenzó en el reinado de Abd-el-Rahman I, siguió en progreso ascendente durante la época del califato, sobresaliendo muy principalmente la corte de Abd-el-Rahman III, y el poderoso reino, sin corona, del walí Almanzor. Y al desmoronarse el Califato y formarse los reinos de Taifas, en todos ellos, y de forma muy particular en los de Málaga, Almería y Sevilla, el florecimiento de la poesía llegó a su grado sumo, produciendo genios como Aben Amor y Motamid, cuyos nombres figuran con letras de oro en el catálogo de los poetas árabes españoles.

* * *

Casi podemos afirmar que nace la poesía árabe española con el primero de sus califas, Abdelrrahman I (por más que este título no lo usaron los monarcas hasta el tercero de los Abdelrrahmanes). Al implantarse en España la dinastía

(1) Mahari.

de los Omeyas—como afirma un ilustre arabista—se estableció un contacto regular de los peninsulares con la cultura islámica-oriental.

En la corte de este Emir comenzó, pues, el cultivo de la poesía arábigo-andaluza, destacando en ella nombres tan celebrados como los de Abul-Majxi y Temman, visir este último del monarca.

Influenciado por el ambiente andaluz, y al mismo tiempo bajo el recuerdo de su tierra damasquina, las más inspiradas composiciones brotaron de su lira, triste y quejumbrosa, sembrando ya en esta tierra meridional los cimientos de una poesía honda y sentida, que no había de exterminar ni la distancia ni el tiempo.

Toda la obra poética de este monarca está impregnada de melancolía. De ello tenemos, como prueba, su canto a la palmera, plantada, como él, en tierra extraña, y otras composiciones que nos han legado las recopilaciones de Al-Bayán y Abdul Wakid.

Ya hemos dicho que los dos poetas principales de la corte de este monarca fueron Abul-Majxi y Temman.

Del primero nos cuenta la Historia que, habiendo escrito unos versos dirigidos—con alusiones ofensivas—a un hermano del príncipe Suleimán, le fueron arrancados los ojos por orden de éste. Se conserva una composición dedicada a su ceguera.

Temman fué visir de Abderrahmán I, y hombre culto y de fogosa imaginación. Escribió unos versos sobre la conquista de España, según noticias que da en su Historia el árabe Ibn-al-Kotiya.

De su padre Abderrahmán heredó Hixem I, a más del trono de Córdoba, sus no escasas cualidades poéticas, componiendo sentidos versos, aunque pocos de ellos nos ha legado la posteridad.

Como poeta de su coste sólo hemos de mencionar a Amer Ben Abí Giafar, del que se sabe que escribió elegantes historias, y que ocupó el alto cargo de intendente de herencias del fisco.

Asimismo Alhakem I hubo de heredar, por línea paterna, un exquisito temperamento poético, habiendo compuesto canciones de mucha expresión y de vivísimas imágenes, sobre todo en los últimos años de su reinado, sobresaliendo entre sus versos los dirigidos a su hijo Abdelrahmán, justificándose de su obra terrenal. Durante su reinado florecieron poetas tan notables como Garbí—jefe de los toledanos sublevados—, que gozó de gran popularidad, y Benhabib, que fué uno de los acérrimos propagandistas en España de las teorías jurídicas de Malic.

Con la subida al trono cordobés del segundo de los Abderrahmanes, poeta

como sus sucesores, y más amante que ellos de los poetas, de los cantores y de los músicos—, comienza el verdadero momento en que los califas o soberanos andaluces—como afirma muy bien González Palencia—mantengan el prurito de emular la gloria literaria de Oriente, protegiendo las letras, las artes y las ciencias, para poner a Córdoba a la altura literaria de Bagdad o de Damasco.

Era este monarca de carácter débil y sencillo, dejándose guiar en su reinado por una corte de poetas y aduladores, derrochando a manos llenas sus tesoros entre estos sus mayores favoritos.

Entre los poetas de su corte figuran destacadamente Abdalah ben Xamri, gran improvisador; Hasana la Temimi, hija del poeta Abulhasain, quien, huérfana y privada de los bienes de su padre, elevó, en versos, sus quejas al califa, consiguiendo así la devolución de todas sus propiedades; Amiza ben Abderrahmán, poeta sumamente ingenioso; Ibn Saïd y Obedaila ben Carlomán.

Continuando la historia literaria de sus antepasados, también Mohamed I fué poeta sencillo e inspirado, aunque pocas composiciones se conservan de este apacible y bondadoso monarca. Solamente en la colección de Ahmed ben Farag—titulada «Los huertos»—, figuran unos versos de este monarca, hechos a la vuelta de una expedición guerrera. En su corte figuraron, como primeros vates, su secretario Abdalá-ben-Casim; Yahya ben Alhakein «El Gazali», que gozó de la mayor protección y aprecio, y a quien le confirió el califa los más importantes cargos; Teman ben Amri de los Alcamas, que escribió en versos la conquista de España, y muy principalmente Mocádem de Cabra, creador de un nuevo sistema lírico llamado del *zejel* y la *moaxaha*, de gran transcendencia en las literaturas árabe y europea.

De menor transcendencia literaria fué el reinado de Al-Mondhir, pues sólo descolló en su época el poeta Haxen ben-Abdelazis, de quien sólo se conserva una composición que dirigió a su mujer, estando prisionero.

En cambio, Abdalá continuó la legión gloriosa de los reyes poetas, escribiendo amorosas y tiernas composiciones, entre las que figuran una dirigida a su nieto Abdelrrahmán, cuando éste era muy niño, y otra a la pérdida de su bella esposa la sultana Athara.

Durante su reinado florecieron inspirados poetas, entre quienes recordamos al Asedi, inspirado vate de Elbira (Granada); Abulcasim, muy estimado en la corte; el ilustrado príncipe sevillano Alcasim, enemigo encarnizado del monarca; Suleimán ben Albaga de Mequinez, cadí de Mérida: «El Calafat»; el emir Muza, gran improvisador, y muy particularmente Saïd ben Gudí, tipo perfecto del ideal árabe, y el mejor poeta, sin duda, del reinado de Abdalá.

* * *

Comienza, con el tercero de los Abderrahmanes, la verdadera época califal, durante la cual, el reino cordobés absorbe al mundo con los resplandores de su inmenso poderío y de su arte maravilloso.

La poesía crece con caracteres titánicos, aunque si bien deja su forma épica para hacerse cortesana. El mismo monarca, siguiendo las huellas de sus gloriosos antecesores, escribe sentidos versos, amorosos y dulces, que nos dejan en el alma la sensación de nuestros más admirados madrigales:

¡Oh desdeñosa gacela mía!
 Tu dulce boca nunca me envía
 palabra alguna de consuelo...
 ¡Qué mal respondes a tanto anhelo...!

Numerosos fueron los poetas que brillaron en la corte durante el reinado de Abderrahmán III, pero de ellos sólo hemos de mencionar, dada la índole de este trabajo, a quienes adquirieron mayor relieve y personalidad, grabando su nombre en el libro de oro de las letras cordobesas. Por eso, en primer lugar, hemos de citar a Abenabderrábihi, autor de «El libro del collar», que alcanzó una reputación universal. A éste le siguen, sin desdoro alguno, Mondir ben Said, apodado «El Belloti», quien se hizo célebre por un discurso en verso acerca del Islam, pronunciado ante una embajada bizantina, y Abenhami, poeta sevillano de costumbres licenciosas, que fué víctima del odio popular.

Entre los demás vates de este reinado merecen citarse a la linda y docta poetisa Safia, que alegró con la lectura de sus versos los últimos días del Califato; el walí de Sevilla Abu Becri, cuyos versos se conservan en la colección de Aben Ferag; El Sabini, poeta del gobierno de Segovia; Abés el Solehi, apodado «El Taliki», natural del cadiazgo de Sevilla; Yusufkendi, proverbial por la elegancia de sus versos; Abdelmelic Benchanar, ministro de Abderrahmán III, entre cuyas lindas composiciones destaca la escrita sobre un narciso; el vate de Jaén Aglab Beuxaibi, que llegó a ser familiar del monarca, y finalmente Ben Omar de Raya, Abu Ali «El Sonat» y Jahye ben Hudheil, todos ellos cortesanos.

En el reinado de Alhakem II, poeta tan inspirado como los anteriores califas, descuellan vates de la altura literaria de Chafar ben Otsmán «El Moshafi», ministro de tan poética corte, y Azobaidi, maestro de gramática del príncipe Hixen y autor de varios libros de reconocido mérito. Galas de la corte de este monarca fueron las poetisas Mariem Alfaizuli (La Safo de Sevilla), figura cumbre del parnaso musulmán, quien, según las crónicas, enseñaba erudición y

poesía a las doncellas de familias principales sevillanas, saliendo de su escuela insignes poetisas que fueron las delicias de los alcázares de los príncipes y grandes señores; Aixa o Hafsa, granadina, de quien dijo Aben Hayán que no había en España doncella más sobresaliente en belleza y nobles costumbres, ni en discreción, elocuencia y poesía; Cadija, poetisa también de altos vuelos «que hacía lindos versos y los cantaba con muy dulce voz; Fátima o Lobina, muy docta en poesía, y Radhya (Estrella feliz), liberta de Abderramán III, que la cedió a su hijo el príncipe Alhakem. Esta poetisa, que regentó una cátedra de Literatura, fué la admiración de su siglo por sus versos y elegantes historias. A la muerte de Alhakem viajó por el Oriente, y en todas partes fué admirada por los hombres más doctos de su época.

* * *

Hemos tratado de la influencia de la poesía árabe durante el periodo de los anteriores monarcas omeyas, y hemos visto como ésta—sobre todo en los últimos reinados—había perdido su carácter popular, para hacerse por completo soberana. Así sucedió, de manera más radical durante el reinado de los califas Abderramán III y Alhaken II; pero aún mayor apogeo había de tomar en la corte nominal de Hixem II y efectiva de Almanzor.

Este primer ministro de Hixem demostró tal predilección por los literatos, especialmente por los poetas, que—según Ribera—en su tiempo tuvo que crearse una oficina especial en la administración pública, encargada de clasificar a los poetas y de pagarles según el mérito de sus poesías; y, en algunas expediciones guerreras, acompañaron a Almanzor cuarenta poetas de toda laya, encargados de referir sus proezas.

En esta época sobresalieron vates como el visir Moshafi, amigo primero y después mortal enemigo de Almanzor, a quien llamó «zorro» en una de sus más célebres poesías; Ibrahim Benidois, que también compuso un extenso poema contra el primer ministro; Saíd de Bagdad, notabilísimo poeta que con su ingenio, conversación amena y facilidad en la improvisación se captó las simpatías de Almanzor; El Ramadi, que condenado a duras penas por su participación en cierta conjura, fué perdonado y acompañó al primer ministro en su expedición a Barcelona; el visir Abulmoguira, autor de numerosos poemas; Abenabizamanin, que se distingue por el carácter religioso y pesimista de sus poesías; Abenalhindi, que escribió un *diván* o colección, donde incluyó anécdotas, cuentos, poesías, etc. y que se hizo famosísimo en Andalucía; Abenalfaradi, autor de poesías religiosas de gran inspiración; Almostain, que quiso emular en unos versos a «Harim Arraxid» en el tema de las muchachas, de

gran transcendencia—según González Palencia—, en la música española; Galib, notable poeta de Morón, que nos legó muy bien escritas poesías; el príncipe Meruán «El Talic», esto es, el amnistiado, quien asesinó a su padre al verlo junto con la bella esclava de quien estaba enamorado. De la labor poética de este príncipe sólo quedan algunos fragmentos conservados en las colecciones de Almacari y Abenalabar.

Merecen también citarse en este reinado a Obada Ben Maasama, que compuso bellas poesías del tipo de los zejeles; Abembord, que compuso versos muy elegantes; Abenxohaid, cantor elocuente y nieto de un visir del primer califa; y muy especialmente a Aben Derradsch «El Castalli», poeta de un ingenio poderosísimo, aunque a veces—según docto historiador—lindando con la extravagancia.

Y al derrumbarse el Califato—dando lugar a la formación de los reinos de Taifas—, aún brilla en el cielo de la poesía un astro de primera magnitud: el cordobés Abenhazam.

Ningún hombre más simbólico—afirma García Gómez—produjo la cultura cordobesa. Como poeta escribió el libro «El collar de la paloma», donde condensa «todas las figuras morales y literarias que creó el Califato de los Omeyas».

«Yo soy el sol que brilla en el cielo del saber, más
mi defecto es que mi oriente es el Occidente».

Y con ello personalizaba Abenhazam su patria: «La España omeya, ni totalmente española ni absolutamente árabe, enlazada y a la vez separada del resto del mundo, era, efectivamente, un astro extraviado, una flor maravillosa que crecía en el vacío, que crecía tanto, que se quebró por su tallo». (1)

* * *

Numerosísimos vates más brillaron en el cielo de la cultura cordobesa; pero hemos escogido aquellos que destacaron de una manera más brillante su vigorosa personalidad literaria.

De todos ellos se puede decir, como escribió el poeta sobre la tumba de Almanzor:

«Las huellas que ha dejado sobre la tierra te enseñarán su historia, como si la vieras con tus propios ojos».

(1) García Gómez. «Poetas musulmanes cordobeses».

FERMÍN REQUENA,
Director de «Vida Marroquí».